IGNACIA

Entonces no íbamos.

RAMÓN

No tenga usted cuidado, aunque fueran, no habíamos de alternar... ¡Ooohé!

XX

Vírgenes locas.

ESCENAS DE LA VIDA MODERNA

En casa de los Marqueses de Castrojeriz. Gabinete al estilo de Luis XV. (En el **argot** *familiar,* **la salita de música.)** *Un gran piano de cola, y al lado un arpa (sello de Erard) justifican el mote. Decorado artístico sin tasación posible, en apariencia sencillo y fácil de copiar á poco coste; examinado con atención, raro y costoso; de un conjunto sin disonancia, logrado en suma de exquisitos detalles. Cortinajes de seda antigua, azul desvahido en rosa pálido, con ramos de rosas blancas diminutas. Silloncitos de madera blanca con filetes de oro, y asientos de rejilla, también blancos, y sobre ellos almohadones sueltos, de igual tela y color que los cortinajes. Sobre una gran chimenea de marmol, espejo con marco de talla dorado á fuego, reloj y candelabros de bronce y porcelana de*

Sèvres. Pantalla de chimenea y paravent, de cartones pintados, con imitación ó copias de Watteau. Una vitrina con figurillas, tazas, tabaqueras, y miniaturas antiguas. En las paredes, grabados en madera; un retrato de niña, al pastel, de mano y firma de maestro, y dos ó tres cuadros, también al pastel, por el asunto y la ejecución de mano aficionada y femenina, pero con buen maestro.

ESCENA PRIMERA

Personajes: PEPITA CASTROJERIZ, diez y nueve años. Nerviosa, fina como galguito inglés. Movilidad incesante de todo el cuerpo, que contrasta con la frialdad inexpresiva de la fisonomía: como en descoyuntado clown, de rostro rígido, bajo la espesa masa de albayalde. La boca rasgada, de labios finísimos, apretados, que marcan una sola línea roja en la cara pálida, y el pelo, rubio cenizoso, crespo y levantado en atrevido mechón sobre la frente, dan exactitud á la comparación *clownesca*.

Viste con aristocrática soltura traje que,

con ser riquísimo (y así parecería, llevado con otro empaque), en ella solo parece gracioso, lindo, encargado sin elección, entre otros muchos (cuando había costado más de dos mil francos entre modista, cartas, aduanas y envío de ida y vuelta á París su media docena de veces). Un modelo de *Mme. Nicaud* para comida íntima. Blanco, de muselina de seda, adornado con encajes de Irlanda de un color marfileño que amortigua la blancura chillona de la seda, con suave pátina. Las mangas, larguísimas, caen hasta media mano y ciñen ajustadas los brazos, que parecen alargados en líneas inflexibles con majestad hierática. Sobre los hombros, la seda se abre plegada en graciosos abanicos, como alas juveniles, atrevidas, que protestan abiertas de la rigidez fría, solemne de los brazos. Y en Pepita parece mayor la protesta: aquellas mangas á lo *ricahembra* oprimen sus bracitos nerviosos de *clown* descoyuntado. Se adivina que Pepita, si no un

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

vuelo, daría por lo menos un salto mortal.

Anochece, y Pepita concluye de vestirse para la comida: ha pasado de su tocador á la *salita de música*, porque nadie como ella sabe buscar fondo adecuado á un traje. Sentada al piano, repasa una canción francesa, una canción del siglo XVIII, *marivaudage* expresivo de sentimientos amorosos abullonados, como hueca falda á lo Pompadour.

La armonía rebuscada por Pepita con artificiosa evocación aquieta su pensamiento y sus nervios, más que nunca excitados.

Por los balcones del gabinete (abiertos á un jardín húmedo, sombrío, muradado por las casas contiguas al palacio de los Castrojeriz) penetra la luz crepuscular, amarillenta, al través del follaje de unos altísimos y frondosos castaños de Indias. Los cortinajes apagan con pliegues de sombra los últimos alientos de la luz mortecina, reflejada sobre la seda brillante de colores tenues. La antigua canción suspira amores de otros tiem-

pos, y Pepita prolonga en aquel anochecer lento, armonioso, á su alrededor, un anochecer de su alma, en que algo íntimo y profundo de su alma debía alejarse de ella para siempre. Quería suspender su pensamiento, adormecerle, para dulcificar la despedida inevitable.

—¿Cómo pudo ser? Pepita repasa en su memoria, y al recordar una por una las circunstancias que á tan difícil situación la han traído como extraña á ella las considera, y como si atendiese relato confidencial de amiga íntima, antes curiosa que apenada, se pregunta á sí misma:

—¿Cómo pudo ser? ¿Cómo sin pensar nunca en amarse, sin poder pensarlo, Federico y ella se amaban? ¡Se amaban! No había palabra ni afecto capaces de ocultar el verdadero afecto que los unía. Pero ¿cómo pudo nacer aquel amor? ¿Cuándo pensaron en amarse?

Pepita no comprendía que existe una vo-

luntad inconsciente: un querer lo que no se quiere, y esa voluntad *exterior* labra fuera de nosotros y de improviso levanta ante nuestra vista la viva imagen de nuestras acciones, desconocida, odiosa, como de hijo adulterino que nació en nuestra casa sin ser hijo nuestro.

Se querían... sin querer. Sin querer, como dicen los chicos por disculpa, cuando acaba el reir de los juegos por llorar á los golpes de veras. Sin querer hacerse daño, sí; pero sin querer jugar, no.

Por juego prefería Pepita la amistad de Federico. La conversación con él era más divertida que con ningún otro. Por lo mismo que era casado, Pepita le hablaba con mayor libertad. La conversación con los muchachos era muy aburrida. Candidatos probables á maridos, al hablar con una muchacha, parecían temerosos de comprometerse con una frase demasiado expresiva, con una confidencia demasiado íntima. To-

dos pensaban: cuidadito, que puedo caer.

Las muchachas, por su parte, aún más temerosas que ellos por distinto motivo, parecen en actitud defensiva, desconfiadas; todas piensan: cuidadito, que puede no caer.

Pepita, de carácter expansivo hasta el descaro; curiosa observadora del mundo, con ansia de saber y de pensar por sí; Eva espiritual, mordedora golosa, no del fruto de la sabiduría, pero sí de la sabiduría del fruto, detestaba aparentar circunspección de niña casadera. Quería saber á qué sabía todo, el bien y el mal, y con Federico podía arriesgarse en confidencias escabrosas.

Daba pretexto y ocasión para ellas todo género de sport; la bicicleta, los patines, guiar un *tandem*, tirar al blanco.

La mujer de Federico, mimosa, delicada, flor de invernadero; como otras mujeres, vestidas, ella siempre enferma á la última moda, con neurastenia por aquella tempora-

da, era una verdadera mujer de lujo, de harem ó de gineceo, y Federico, halagado por el contraste, hallaba en Pepita un camarada encantador, juvenil, intrépido, con quien podía hablar de todo mientras guiaba cuatro caballos sin domar.

Federico no sabía prescindir de Pepita; era su compañera de pescante en el *mail-coach*, su compañera de puesto en las cacerías. En las comidas y recepciones, siempre juntos, departían en animado diálogo, que á ratos parecía de cocheros, á ratos de cazadores, pero siempre terminaba en amoroso tema.

Al principio nadie extrañó la intimidad de Federico y de Pepita. ¿Qué tenía de particular? Se conocían desde niños, eran de la misma clase, tenían las mismas aficiones; además, él casado y ella soltera... ¿quién podía pensar mal? Pero bien pronto notaron ellos mismos que la gente les dejaba mayor espacio, material y moral; ese espacio que las personas de buena sociedad marcan con discre-

ción alrededor de dos amantes: islas del amor, fáciles de descubrir en cualquier salón á poca geografía social que se sepa.

Pronto empezaron las habladurías: los muchachos pretendientes al amor de Pepita retiraban sus candidaturas. Una noche, en un baile, preguntó una amiga á Pepita: «¿Pero tan enferma está la mujer de Federico?» Un literato insolente insinuó con malicia: «Usted que tan aficionado es al *modernismo*, ¿no ha leído usted las *Demi-vierges* de Prevost?» Los Marqueses de Castrojeriz, padres de Pepita, fueron los últimos en enterarse, y aunque nada reprochable vieron en la conducta de su hija, por *el buen parecer* acordaron que aquello no podía continuar.

¡No podía continuar! Bien lo comprendía Pepita. Pero entonces comprendió cuán hondo era el daño, como era imposible romper la intimidad con Federico.

La vida de ambos era un conjunto de frívolos pasatiempos, de pequeñeces insustancia-

les, pero en cada una de ellas iba unido algo de su pensamiento, de su vida, y eslabonado con soldadura misteriosa, era su vida entera.

Pepita fingió (á poca costa) una enfermedad para retrasar la explicación necesaria.

Llegó el día. Federico la escuchó y la facilitó por su parte. Todo eran habladurías. Su mujer había recibido anónimos: estaba celosa, insoportable...

—¿Has visto, Pepita, has visto qué gente? ¡Qué gente!

—¡Pero si tienen razón!—exclamó Federico de pronto.—¡Si no puedo vivir sin ti!

—¡Y sin ti, yo tampoco! ¿Cómo es esto, Dios mío, cómo es esto?... Tú eres hombre. ¿Qué me aconsejas?

—Cásate.

Y Federico se despidió de Pepita.

Aquella palabra fué el atormentador de Pepita en muchos días de inquietud, en muchas noches sin sueño. ¡Cásate! ¿Era un consejo de arrepentimiento ó de esperanza? ¿Un

muro levantado entre los dos para siempre... ó puerta franca á sus amores?... ¡Cásate! Sí, se casaría.

Por eso estrenaba un vestido Pepita en aquella comida; por eso repasaba una canción francesa; por eso al prolongar en el anochecer á su alrededor un anochecer de su alma, con el último aliento desmayado de la luz crepuscular, penetraba en su alma por resquicios del pensamiento la luz trémula, indecisa, de una esperanza pecadora.

Y al sentir el corazón acariciado por aquella esperanza, lloraba con indecible tristeza. ¡Pobre virgen loca, que dejó apagar la luz de la lámpara antes de que llegara el esposo!

Así termina la escena primera.